

HISTORIA DE LAS PERSECUCIONES

SUFRIDAS POR LA IGLESIA CATÓLICA

DESDE SU FUNDACION HASTA LA ÉPOCA ACTUAL;

CONTIENE UN EXÁMEN DETENIDO DE LAS CAUSAS DE CADA UNA DE ELLAS Y DE LOS CARACTERES ESPECIALES QUE
PRESENTARON, DE LAS PRINCIPALES LEGISLACIONES QUE CONTRA EL CRISTIANISMO HAN REGIDO
Y RIGEN; LA BIOGRAFÍA DE LOS TIRANOS Y PERSEGUIDORES Y DE LOS MÁS ILUSTRES PERSEGUIDOS Y MÁRTIRES,
CON INTERESANTES DESCRIPCIONES DE LOS LUGARES EN QUE SE LIBRARON
LOS RECIOS COMBATES DEL ORGULLO HUMANO CONTRA LA VERDAD DIVINA DESDE EL CALVARIO,
EN EL SIGLO PRIMERO, HASTA EL QUIRINAL,
EN EL SIGLO ACTUAL.

OBRA ESCRITA POR

D. Eduardo María Vilarrasa y D. José Ildefonso Gatell

Cura propio de la parroquia de la Concepcion y Asuncion
de Nuestra Señora, en Barcelona.

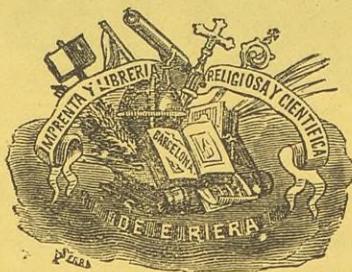
Cura propio de la parroquia de San Juan,
en Gracia (Barcelona).

É ILUSTRADA

CON MAGNÍFICAS LÁMINAS INTERCALADAS EN EL TEXTO.

PREVIA CENSURA DIOCESANA.

TOMO SEGUNDO.



BARCELONA:
IMPRESA Y LIBRERÍA RELIGIOSA Y CIENTÍFICA
DEL HEREDERO DE D. PABLO RIERA,

calle de Robador, núm. 24 y 26.

1877.

Cuaderno 74.

DE LAS PERSPECTIVAS

... de las perspectivas...

Ambos empezaron á gestionar vivamente con los principales personajes de Tolosa, cuya ciudad venía á ser la capital del albigenismo. No fueron del todo ineficaces las gestiones de los representantes de la Santa Silla. Prometieron muchas de las personas visibles que renunciarían á los errores de la secta, sometiéndose á la autoridad del Vicario de JESUCRISTO, y en cambio prometieron los legados de parte del Pontífice respetar las libertades y fueros de Tolosa.

Pero las raíces echadas por la herejía eran muy profundas; apénas los legados pontificios hubieron abandonado el radio de la ciudad, que ya los hipócritamente sometidos erguían de nuevo la cabeza. La palabra de Dios cautivaba los corazones, mas las silenciosas pasiones suscitadas por los albigenses los insurreccionaba de nuevo.



CATALINA DE ARAGON.

En vano los representantes de la Santa Silla amenazaban y excomulgaban. Cuando los poderosos eran los excomulgados fingían sincero arrepentimiento, obtenían la absolucion y reanudaban luégo en público las tareas de perversion ni un solo momento en secreto suspendidas. Gracias á este juego, poco varonil y ménos cristiano aún, Raimundo de Tolosa juró repetidas veces sumision y arrepentimiento y otras tantas veces levantó pendon de discordia y de muerte.

Pedro Castelnau y su compañero de legacion, impulsados por espíritu apostólico, multiplicaban sus fuerzas y su celo; pero la tempestad albigense hacía zozobrar gran número de almas de los que se figuraban haber ya salvado.

Fué entónces cuando el cielo deparó á los dos intrépidos evangelizadores otros dos auxiliares españoles, el obispo de Osma y Domingo de Guzman, quienes regaron el Languedoc con los sudores del apostolado. Nunca la piedad se desplegó con más atractivas formas y sincera resolucion. Los misioneros y los legados pobremente vestidos, descalzos, ayunando á

pesar de las fatigas, viajando á pié á pesar de las distancias, recorrían las ciudades, las aldeas, los caseríos y donde quiera exponían el error del albigenismo y proponían el cordial retorno á las sólidas creencias católicas.

La acción perseverante de los predicadores encendía el odio de los herejes, y no pasaba día sin que en alguna region del Languedoc tuviesen lugar escenas inhumanas, ó algun sangriento drama, frutos lamentables de las siniestras colisiones entónces frecuentes. El puñal y la tea representaban un papel demasiado activo y á todas luces criminal en la tragedia albigense.

La gran figura que entre los defensores de la fe se destacaba era Castelnau; cuyo descrédito, cuyo alejamiento, ó cuya muerte era el desideratum de sus adversarios. No era posible abrir brecha á la reputacion del que era verdadero modelo de integridad, ni alejar al caudillo de un campo al que el Señor le había llamado. Sólo había un recurso, el asesinato.

Exacerbados los ánimos, hirvientes las pasiones, amparados los protervos por los que amparar debían los intereses religiosos y sociales, el asesinato no presentaba dificultades serias. Brazos fanáticos que se prestaran á asestar el golpe no podían faltar, cabezas malvadas que combinaran las circunstancias para una consumacion anónima las había que ceñían condal diadema. El conde de Tolosa, cuatro veces perjuro, llamó á Pedro Castelnau con el pretexto de someterse definitiva y resueltamente á la autoridad pontificia, y de lanzarse con denuedo á la defensa de los principios é intereses católicos. ¿Cómo no había de volar allí un alma tan enteramente consagrada al noble fin que se brindaba conseguir? Pero el Conde se encontraba en San-Gilles, cerca del Ródano, como alejado del tumulto, pero en realidad trasladado al desierto para mejor disponer la consumacion del crimen.

Despues de una conferencia celebrada entre Castelnau y el Conde, viendo aquél que no podía contar con la sinceridad de éste, partió; más al atravesar el Ródano un asesino lanza en ristre le partió el corazón. Cayó exánime el defensor de la Iglesia exclamando: «Perdónete Dios, como yo te perdono.»

Aquel crimen horrendo, segun todas las probabilidades preparado por Raimundo de Tolosa, fué el clarín que tocó al arma en todas las regiones de la cristiandad. Ya era imposible mirar por más tiempo con impavidez el desarrollo de una secta que atropellaba los más rudimentales principios religiosos y sociales. Cuando se recurre al asesinato para llevar adelante ciertos planes, llega la hora de que la sociedad amenazada en su honor apele á medios extraordinarios.

Inocencio III dirigió su poderosísima palabra al mundo, levantando con su enérgica y elocuentísima protesta innumerables defensores de la justicia ultrajada.

«Estos hombres de pestilencia, decía ocupándose de los albigenses, despues de haber pillado nuestros bienes se arrojan sobre nuestras personas; no se contentan con afilar contra nuestras almas sus lenguas, arman sus brazos contra nuestros cuerpos, siendo así tan asesinos de nuestros cuerpos como enemigos de nuestras almas... Levantáos, pues, soldados de CRISTO, levantáos, valerosos campeones de la milicia cristiana, muévaos el gemido de la Iglesia y vuestro celo ardiente inflámeos para vengar las injurias hechas á Dios... Despues del asesinato de este justo, la Iglesia sin consolador, está como sentada en la tristeza y en el duelo. La fe se desvanece, la paz no se encuentra en ninguna parte; el azote de la herejía y el furor de los sectarios hacen cada día nuevos progresos, de suerte que si en la actual tempestad no llegan á la nave Iglesia nuevos auxilios parecería que iba á naufragar. Por esto os advertimos, exhortamos y compelemos, hasta de parte de JESUCRISTO, en tan apremiante necesidad, á que voléis en seguida al remedio de estos enormes males; á que nos ayudéis á pacificar á estos pueblos segun Aquel que es el Dios de la paz y del amor; á que empleéis cuantos medios os sugiera Dios, con el fin de abolir para siempre esta pérfida herejía, extendiendo vuestras manos poderosas y vuestros brazos para vencer á los sectarios, á quienes debéis combatir con tanta mayor firmeza en cuanto son peores que los mismos sarracenos.»

Alzado el pendon de cruzada santa el Languedoc vióse inundado de guerreros anhelosos de contribuir á la victoria de la fe, ganando las indulgencias concedidas por el decidido Pontífice á los que se agruparan solas banderas belicantes del Catolicismo.

En aquella guerra se cometieron sin duda excesos, confesados por todos los historiadores, sin exceptuar los depuradamente católicos. Sin embargo, contra aquellos excesos estuvo la inmediata protesta de la Iglesia.

Después de las matanzas de Beziers Domingo de Guzman protestó. «Observando que entre los cruzados había muchos que no llevaban otro objeto que el pillaje y el desorden, emprendió la reforma de esta milicia con tanto celo cuanto había desplegado en combatir á los herejes. Se ha acusado á Domingo de tener cruel carácter. No obstante, á pesar de haberse visto obligado á combatir contra verdaderos criminales, sólo empleó las armas de la dulzura y de la paciencia. Representante los protestantes blandiendo un puñal con una mano y mostrando con otra el crucifijo, cargando con rabioso impetu las ordas de los adversarios ¡falso! Aquel ángel de amor y de caridad, aquel hombre de paz, aquel apóstol dulce, no tomó parte en ninguna expedición militar dirigida por la sociedad cristiana contra los malvados. En su derecho estaba la sociedad cristiana de rechazar por la fuerza la fuerza de los bandidos. El deber de los pastores era predicar el valor á los fieles, esto hicieron; pero la guerra material no la hicieron. Además Santo Domingo está hoy gloriosamente vindicado de los ataques injustos y apasionados de los protestantes, de modo que hasta Mr. Michelet, historiador nada sospechoso de parcialidad en pro de los ministros de JESUCRISTO, hace esta confesión arrancada al escepticismo vengativo por la fuerza de la verdad: «Santo Domingo era un hombre *singularmente dulce y caritativo* (1).»

A vuelta de variados y sangrientos episodios, perdido el favor de algunos magnates, que le apoyaban, el albigenismo vió decaer su espíritu y su fuerza.

Siéndole adversa la suerte de las armas y no pudiendo contar con ninguna influencia moral, libró su última batalla en Montsegur, jurisdicción de Tolosa.

LXXVIII.

Los valdenses.—Acción de las órdenes religiosas contra las herejías.

Fronterizos en doctrinas y en desmoralización á los albigenes obraban los sectarios de otro fanatismo irreligioso é impío. Los discípulos de Valdo se hallaban animados del espíritu de persecución á la Iglesia. Pedro Valdo pasó desde la exquisita piedad á la impiedad de la exageración. La súbita pérdida de un amigo concentró de tal manera su espíritu que cobró insufrible hastío á todo lo que participara de la exterioridad de la vida. Los bienes temporales se hicieron despreciables á sus ojos, renunció todos los que poseía, los distribuyó á los pobres, y determinó consagrarse á propagar el amor á la pobreza. Y en todo esto Pedro Valdo no hubiera traspasado los límites de la moral, ántes bien, con ello hubiérase ejercitado en las prácticas de la severa perfección, si saliéndose de sí mismo no hubiera pretendido elevar á ley social y á imprescindible deber aquellas privaciones y aquella austeridad que en él eran inspiradas en virtud de excepcionales circunstancias. Quiso Valdo que todos participaran de sus abstinencias, de la severidad rigurosa de sus costumbres, del absoluto despojo en él tan voluntario, y no sólo predicó en sentido de persuadir á sus oyentes que así lo hicieran, sino que elevó á principios generales aquellas mismas prácticas suyas y concluyó sentando que cualquiera que poseyera la más mínima riqueza no entraría en el reino de los cielos. La exageración de las ideas de pobreza evangélica fué el punto de partida de la secta valdense, ó

(1) Mr. Ch. de Bussy, *Les revoltés*.

sea compañía de los *pobres de Lion*, como los llamaban por ser Valdo un comerciante de Lion y ser lioneses los primeros secuaces de su bandera.

No eran sacerdotes, pero se apropiaron todas las prerogativas sacerdotales; y para legitimar á sus propios ojos la intrusion en el campo del sagrado ministerio declararon que todos los cristianos debían saber la Escritura, que todos podían enseñarla, que todos eran sacerdotes. De ahí resultó inmediata batalla contra el sacerdocio verdadero, una lucha sin tregua contra la Iglesia docente, que por órgano del Pontífice y de los obispos les llamaban al terreno de la sumision filial y de la obediencia santa. A los preceptos de la Iglesia contestaban los valdenses, «*sabemos que está escrito: vale más obedecer á Dios que á los hombres.*»

A medida que la Iglesia descubría los puntos falsos de la moral y de la doctrina de nuevo proclamada, los sectarios ahondaban y levantaban el muro de division con Roma. «Nosotros, decían, no queremos ya pertenecer al gremio de una Iglesia cuyo Pontífice y cuyo clero posee temporales bienes. La verdadera, la perfecta, la immaculada Iglesia la constituimos nosotros, que observamos pobreza evangélica perfecta.»

Como á consecuencia de los principios valdenses sobre la propiedad del clero, muchos bienes y posesiones de éste debían pasar á manos de sus poseores primitivos. Formóse un partido numeroso que, si no aceptaba aquellas herejías religiosas, se inclinaba favorablemente á las reformas sociales. De ahí la condescendencia y proteccion más ó ménos encubierta dispensada por muchos señores á los utopistas.

A todas luces es, pues, manifiesto que los valdenses, no sólo se proponían un objeto religioso, sino que trabajaban para plantear un programa esencialmente revolucionario. Los pobres de Lion fueron rechazados de la ciudad en que tuvieron comienzo. Pero en los Países Bajos encontraron hospitalidad y proselitismo. Allí y tambien en algunas regiones subalpinas constituyéronse como en terreno propio, atrayendo la atencion de los católicos, que decididos á limpiar de herejes el suelo, empuñaron varias veces las armas para batirles en el terreno de la fuerza al que se habían lanzado.

Bohemia y la Alemania toda viéronse infestadas de aquellos anarquistas, que pueden considerarse como los engendradores del socialismo moderno.

Tal fué la influencia que llegaron á ejercer y tales las fuerzas católicas que ocupaban y absorbían, que viéronse precisados los magnates á concederles el libre ejercicio de su religion, si es que religion puede llamarse un catálogo de negaciones fundamentales.

Aludiendo á los valdenses decía Inocencio III: «En medio de las muchas tempestades que agitan á la nave Iglesia, trayéndola y llevándola, como entre olas, nada hay que nos apesadumbre como el ver los ministros de la perversidad diabólica elevarse audaz y arteramente contra la doctrina ortodoxa, seducir á los sencillos, arrastrarlos á su perdicion y esforzarse á destruir la unidad de la Iglesia.»

Inocencio fijaba las miradas en Orvieto y Viterbo, dos ciudades italianas, que parecía haber sido erigidas en sillas especiales de herejía y revuelta. Toda la Italia, la Lombardía, Parma, Placencia, el Tirol, la Suiza, Austria, Alemania, Inglaterra, España sentían profunda desazon á causa de las disolventes doctrinas que hacían cada día nuevos prosélitos.

No existe diferencia alguna entre los anarquistas discípulos de Valdo y los secuaces obcecados de Proudhon.

Los valdenses atacaban la aristocracia, la nobleza, la autoridad; predicaban á las masas la igualdad que, segun ellos, existía en la sociedad primitiva, y en virtud de la cual no debe existir entre los hombres diferencia alguna, como quiera que toda autoridad terrena tenía su origen en el mal. Gloriábanse de ser partidarios de la fraternidad universal y de la igualdad hasta del vestido. Sembraban de aquella manera estas ardientes pasiones populares que modernamente ponen en peligro toda jerarquía y todo orden.

Por fortuna el cielo suscitó dos poderosos medios de combatir ambos focos de anarquía. Los dominicos y los franciscanos aparecieron en el momento en que más oportuna era su apa-

ricion en la historia. La escuela dominicana tomó á su cuenta el anonadamiento doctrinal del albigenismo, por medio de la predicacion y de la enseñanza; la familia franciscana pareció aceptar la mision de oponer á las exageraciones valdenses sobre la pobreza, la verdadera práctica de la pobreza evangélica.

Los albigenes pretendían representar la sabiduría de su siglo y constituir un magisterio superior al de las cátedras de su tiempo en provecho de sus errores. Jactábanse de ser los filósofos de la cristiandad; los hombres de estudio de la teología. Domingo dijo: estudiemos, examinemos, comprobemos, tambien nosotros somos una escuela, y la filosofía de nuestra escuela desconcertará las bases ilusorias de vuestra filosofía. La herejía no es ningun axioma. Los albigenes se encontraron en la necesidad de venir al palenque de la discusion formal, de la sana y severa filosofía. Los dominicos se sentaron en las cátedras, ántes y despues de haber predicado desde los púlpitos.

Los valdenses se propusieron reformar la moral de la sociedad cristiana, ofreciéndose como modelos de abnegacion y de sacrificio, bien que más que el amor de Dios y el de la imitacion de JESUCRISTO tenían por móvil la aversion al órden de cosas establecido, y el odio á los afortunados. Francisco de Asis ópuso al tipo valdense el tipo de verdadero mendicante, esto es, el hombre crucificándose por el hermano; el hombre, libre de todo lazo inferior y no reconociendo sino un yugo, el suave yugo de la caridad divina beneficiando al género humano. El franciscano fué la moral católica en accion inteligente y constante contra los alardes de perfeccion fingidos por los valdenses, como el dominico fué la doctrina en accion contra las discusiones de los altivos albigenes.

Aquellos dos hombres verdaderamente extraordinarios pudieron en poco tiempo contrabalancear el impulso dado por la herejía al mundo.

«Cinco mil franciscanos pertenecientes á diversas naciones llenaron en pocos años las ciudades y las escuelas, predicando y enseñando...» Al mismo tiempo se diseminaban por todos los países los otros predicadores, los otros mendicantes de Santo Domingo, los héroes de la palabra, los jefes de la ciencia, los cruzados de la inteligencia. Los franciscanos tomaron por su cuenta las masas, los espíritus groseros para arrancarlos de la materia y lanzarlos á la corriente de la verdad; los dominicos se encargaron de celar la fe, el trono pontificio, el palacio de San Pedro, la inspeccion general de la catolicidad (1).»

Ambos caudillos emprendieron una formal conquista, cuya realizacion les valió formidables oposiciones y la persecucion de cuantos se interesaban en que se completara el caos social, que iba en alarmante crecida.

Inocencio III había soñado ver la catedral de las catedrales, la Iglesia de Letran, bambolear sobre sus cimientos, y detenida en su derrumbamiento por el apoyo de un árbol gigantesco. Este árbol era Domingo de Guzman. El sueño fué profecía. Contra aquel árbol asestaron sus hoces los albigenes y valdenses. Escupido materialmente, cubierto de lodo, insultado, vejado, calumniado, amenazado con la misma lanza que hirió de muerte á Castelnau, sufrió impávido la persecucion del despecho, la persecucion del enojo, la persecucion de las pasiones combatidas y la persecucion de los tiranos esclavizados. Precisamente la profusion de persecuciones sirvió de certificado de que su obra era inspirada por el cielo. Los gemidos del error le aseguraban de la buena direccion de los dardos por su celo disparados.

La Iglesia contó desde aquellos días dos nuevas órdenes religiosas, elementos siempre renovados para sostener el perpetuo combate contra las pasiones y la impiedad.

(1) Riancey, *Histoire du monde*.

LXXXIV.

Federico II.—Sus persecuciones á la Iglesia.

Honorio III tuvo que desplegar la fuerza de su autoridad sagrada contra uno de los más poderosos enemigos que han suscitado guerra á la causa católica; pero quien debió desplegar todo el vigor apostólico para salvar los intereses supremos de la Iglesia, fué su sucesor Gregorio IX. Federico II era el íntimo aliado de los sarracenos y de los enemigos de la cristiandad. Impelido por temor al anatema á tomar parte en la defensa armada de la bandera católica, supo conspirar en secreto contra la misma causa de que en público aparecía paladin; su conducta en Siria obligó á Gregorio IX á renovar la excomunion que le había lanzado Honorio, y á declarar entredichos todos los lugares en que hiciera descanso, con la amenaza, si persistía en la desobediencia, de ser considerado como hereje, lo que equivalía, segun el derecho vigente en aquel tiempo, á absolver á sus súbditos del juramento de fidelidad.

Acusaba el Papa al Emperador de no haber pasado á Tierra Santa como era su deber; de no haber aprontado los soldados y los tesoros que debía á la cruzada; de haber impedido al arzobispo de Tarento de cumplir su sagrado ministerio; de haber despojado de sus bienes á los Templarios y Hospitalarios; de haber violado los tratados entre él y los nobles, hechos bajo la sancion de la Iglesia; de haber arrebatado las tierras al conde Rogerio, puesto bajo la égida de la Santa Silla; de no haber puesto en libertad á su propio hijo, injustamente encarcelado, y de haber quebrantado las leyes de Dios.

No acató Federico II las disposiciones pontificias, ántes, resuelto á crear serios embarazos al Papa, llamó á los frangipani para que insurreccionaran al pueblo romano, como desgraciadamente lo hicieron. Roma fué otra vez escenario de sangrientos y sacrílegos sucesos.

Y si medroso de un movimiento general de la cristiandad retrocedió momentáneamente en la senda de la rebeldía, fingiendo sumision filial, no debió ésta durar, ántes al contrario, valiése de la paz en que le dejó la absolucion de Gregorio para tramar una más espantosa insurreccion de los romanos. El Papa hubo de retirarse de Roma á Espoleto y á Anagny. En vano Gregorio excitó el celo de Federico para que lo empleara en el triunfo de la justicia ultrajada. Federico suscitó al papado nuevas dificultades, poniendo en cuestion la soberanía pontificia de la isla de Cerdeña.

Escribió á los cardenales una carta que en todas sus líneas respiraba odio al Pontífice, cuyas virtudes negaba, acusándole de injustificable ambicion. Diez y seis obispos fueron arrojados de sus sillas por el irreconciliable César. La causa de los gibelinos reapareció en todo su vigor; recrudeció la lucha entre el sacerdocio y el imperio.

Aquel fué el soberano á quien hubo precision de excomulgar para decidirle por los cruzados, y de volverle á excomulgar para detenerle en su cruzada hostil á la cristiandad, y en fin, de predicar una cruzada para forzarle á regresar de la que había emprendido. Al regreso reanudó inmediatamente la guerra; volvió más impío de lo que hasta entónces fuera, hasta el punto de oírsele decir: «Que el mundo había sido presa de tres impostores, Moises, Jesus y Mahoma (1).»

Colmada la medida de la indulgencia, en vista de sus injustas invasiones á tierras del Papa, y sobre todo de las horribles blasfemias vomitadas contra JESUCRISTO, contra su Iglesia y contra la Religion entera, Gregorio publicó solemnemente en Roma la excomunion del impío soberano, declarando desligados de su obediencia á los fieles.

Tampoco esta vez se mostró arrepentido Federico. Contestó al anatema del Pontífice negándole la competencia para excomulgarle; publicando calumniosos cargos contra la Santa

(1) Riancey, *Histoire du Monde*.

Silla y declarando por su parte rotas por completo sus relaciones con Roma. El reino de Sicilia, donde á la sazón Federico se encontraba, fué sumido en el más espantoso desorden. Todos los religiosos fueron expatriados, despojado el clero y condenó á las llamas á todos cuantos defendieran ó aceptaran las sentencias de Gregorio.

Milan, Rávena y otras ciudades importantes de Italia se pronunciaron por el Papa, quien en su deseo de conciliacion convocó en Roma un Concilio, con el objeto de deliberar la mejor manera de terminar el conflicto. Federico se opuso á la celebracion del Concilio. Hizo publicar un folleto anónimo en el que se describían las desventuras en que incurrirían cuantos al Concilio se dirigieran; y para practicar sus amenazas, hizo atacar por su escuadra las naves genovesas y redujo á cautiverio á muchos obispos que desde Francia se dirigían al Concilio de Roma. Apropiábase, á título de préstamo para la guerra ¡impía guerra! los bienes de las diócesis de Italia, y ejercía cruel persecucion contra los más ortodoxos y los más santos preladados.

Al frente de su ejército dirigióse á Roma, donde Juan Colonna conspiraba para facilitar su triunfo. Tívoli y otras ciudades vecinas á la gran capital eran cautivas ya del gran perseguidor. Próxima á sucumbir la ciudad apostólica, el anciano Papa ordena una procesion general, que él preside, llevando en sus trémulas manos las sagradas cabezas de Pedro y Pablo. A la vista de aquellas banderas elocuentísimas los romanos se enardecen, arrojanse sobre las huestes sitiadoras, y Federico se retira, más bien al influjo de un poder invisible, que á la fuerza de un pueblo debilitado. Despues de aquella victoria Gregorio IX sucumbió al peso de sus noventa y cinco años de edad y de sus enormes fatigas.

Cuando despues del pontificado rapidísimo de Celestino IV, trató el sacro colegio de elegir nuevo Papa, Federico invadió con sus soldados las posesiones de los cardenales. A pesar de aquella innoble vejacion, á pesar de aquel brusco atentado contra la libertad del cónclave, los cardenales eligieron para empuñar las llaves de la Iglesia á un hombre segun el espíritu de Dios.

Inclinóse al comenzamiento del pontificado de Inocencio IV á entrar en vías de arreglo; pero eran tantas las exigencias imperiales, que el Papa no podía de manera alguna aceptarlas. En alas de la caridad Inocencio voló á la residencia imperial para tratar directamente de la conciliacion. Mas conoedor de que los intentos de Federico eran posesionarse de su persona puso en salvo su libertad con la fuga. Embarcóse en Civita-Vecchia, escoltado por veintitres galeras, y llegó á Génova.

Desde Génova Inocencio pidió permiso al rey Luis, que fué despues el santo, para trasladarse á Reims. Los nobles del reino opinaron que no debía accederse á aquella pretension; tampoco el rey de Aragon juzgó conveniente recibirle en sus Estados; excusóse igualmente el rey de Inglaterra, por lo que escogió á Lion, entónces ciudad neutral, para punto de residencia. Convocó allí un Concilio general, con el fin, decía la circular convocatoria, de *restablecer á su primitivo esplendor la Iglesia agitada por terrible tempestad.*

El Concilio se ocupó de la conducta de Federico II, en presencia de su representante Tadeo de Susa. Las promesas que éste hizo en nombre de su augustó amo no fueron acompañadas de ninguna garantía, por lo que fué condenado.

Cuatro principales cargos se hicieron á Federico en aquel proceso; declarósele en vista de irrecusables pruebas perjuro, sacrilego, herético y felon. «*Y en fuerza de estos excesos, dijo el Papa, despues de haber deliberado con nuestros colegas, declaramos á este príncipe privado de toda honra y de toda dignidad, de la cual se ha hecho indigno por sus crímenes, absolviendo para siempre de su juramento á todos los que le juraron fidelidad.*»

Miéntas el Papa pronunciaba esta sentencia, los representantes del Emperador golpeábanse el pecho conmovidos lanzando tristes suspiros.

No se conmovió Federico al saber la terrible sentencia, sino que enfurecido exclamó: «¿Qué!!! ¿es que el Papa ha tenido bastante audacia para deponerme en su Concilio y quitarme

la corona?» Y luégo, como haciendo un esfuerzo sobre sí mismo, proseguía: «¡Ah! no, no la he perdido aún esta corona; ni el Papa ni el Concilio me la arrebatarán sin que se derrame mucha sangre!»

Luégo concitó á los príncipes soberanos contra lo que llamaba «la audacia» del Papa. No obstante su briosa protesta, faltábale á su cetro el nervio de la vida. Era entónces la Iglesia el alma de las instituciones. Sin el soplo de la Iglesia todo cetro no era más que un látigo que infundía terror en vez de majestad. La palabra del Concilio hirió de muerte á la tiranía. No tardó mucho tiempo en verse obligado á pedir *perdon* al Papa ante la perspectiva del sepulcro, el que, olvidado de la eternidad, le pedía poco ántes báculo y cetro.

LXXXV.

La Universidad de Paris.—Abelardo y san Bernardo.—Oposicion de la Universidad á las órdenes mendicantes.—Alejandro IV, Urbano IV y Clemente IV mueren en la expatriacion.

La Universidad de Paris estuvo desde su origen animada por el espíritu del Catolicismo, como hija que era de los papas y de los obispos. El móvil de su fundacion y de la fundacion de otras universidades de su tiempo fué la defensa de las verdades religiosas. Sin embargo, en los siglos XII y XIII surgieron en ella hombres eminentísimos que obligaron á los doctores verdaderamente ortodoxos á esgrimir las poderosas armas de la lógica y del Evangelio contra sus racionios en míseros sofismas basados.

En el siglo XII Abelardo apareció dotado de una fuerza dialéctica fenomenal. Aristóteles fué su modelo, y gracias á la potencia de su vuelo, llegó á alcanzar y á superar quizá la altura de su maestro. Acostumbrado á dominar los horizontes de la filosofía, por vastos y dilatados que se le presentaran, creyó que podría ejercer igualmente la soberanía de la ciencia religiosa. Entusiasta para el silogismo, tenía aversion al dogma, y se formó la mísera ilusion de poder anonadar la fe por medio de la ciencia. Pretendió demostrar por procedimientos racionalistas los misterios revelados; y este fué el punto de partida de sus tropiezos. Quiso explicar el altísimo misterio de la Trinidad divina, y sus explicaciones excesivamente filosóficas desvirtuaron la índole de la fe.

Ernesto Hello ha dicho: «Segun Abelardo, la fe es una opinion. Este error hoy vulgar, cuya expresion no sorprende á los espíritus ordinarios y no produce ningun violento efecto, produjo entónces conmocion inmensa á grandes y á pequeños. Toda la sociedad se estremeció. Nadie permaneció neutral en aquella lucha. Inmensa muchedumbre procedente de todos los países, hombres pertenecientes á todas las edades y rangos se agruparon á la sombra de los doctores de las respectivas escuelas.

«Miles de escolares seguían á Abelardo, á Melun, á Corbeil, á Saint-Victor, á Saint-Denis y sobre la montaña de Santa Genoveva. Y esto que no había entónces ferro-carriles. Ningun viaje espantaba á aquellos hambrientos de la palabra... Alemanes, ingleses, lombardos, suecos, dinamarqueses, engrosaban las filas de los parisienses.»

¿Por qué aquella portentosa atraccion? Es que Abelardo, sin darse de ello cuenta, introducía el criterio racionalista moderno en el tratado de las cuestiones religiosas, y sin desdeñar las verdades del Evangelio, las reducía á simples especulaciones humanas. Dada la importancia que aquella sociedad atribuía á la ciencia divina, la bandera levantada por el sabio catedrático de la Universidad excitaba la atencion de favorables y adversarios, y así no todos los que acudían desalados á oírle venían á impulsos del entusiasmo católico.

La divina Providencia suscitó en el seno de la Iglesia un genio sólo comparable con el de Abelardo, para dar al clero y al pueblo el grito de alarma. Necesitábase una inteligencia privilegiada para analizar con éxito las obras del gran talento de su siglo. No bastaba un alma fer-

vorosa, una inteligencia vulgarmente esclarecida; era preciso un sabio de primer orden, una autoridad incontrovertible por su crédito y por su sinceridad para contrarestar la influencia del alma de la Universidad de Paris, que era como el alma de las otras universidades.

Bernardo se presentó al mundo doctrinal ostentando títulos suficientes para disputar á Abelardo el prestigio de la supremacía científico-religiosa.

«Para imaginarse algo la figura de Bernardo es necesario interrogar á todo el siglo XII, recorrer el mundo y penetrar en el claustro. Precisa pedir á la filosofía sus discusiones, á la teología sus enseñanzas, á la mística sus secretos, al mundo sus agitaciones, á los negocios sus embarazos. Precisa cuestionarlo todo, los libros y los campos de batalla, los palacios de los reyes, los concilios, los pueblos, así la capilla donde los monjes oraban, como los campos donde se predicaban y se organizaban las cruzadas. En aquella historia enorme y complicada se encuentran toda especie de hombres y toda especie de hechos. Intrigas, rivalidades, ambiciones, odios, hasta milagros, todo se encuentra allí, solicitudes y peticiones, frivolidades y abismos. Corazones humanos llenos de miserias frecuentes y de verdaderas elevaciones al lado de espíritus llenos de peticiones, de sutilezas, de argumentos y de orgullo. Era aquel un mundo muy diferente del nuestro, que excede á cuanto nosotros podemos imaginar (1).»

Bernardo se destacó en el fondo de aquel cuadro, asimilándose todo lo ortodoxo y depurando todo lo bien intencionado de aquella sociedad. La doctrina del que debía ser luégo su rival, pasando por el tamiz de su fuerza analítica, apareció con todos sus defectos y sus peligros. La atención del mundo tuvo dos objetivos.

Abelardo y Arnaldo de Brescia son dos tipos que parece pertenecen más al mundo moderno que á la Edad Media, ha dicho un crítico contemporáneo, y san Bernardo parece que, á pesar del siglo XII, estaba en contacto con nosotros. Existe íntima trabazón entre las dos escuelas que combatieron siete siglos atrás y las dos escuelas que hoy combaten.

«La filosofía alemana ha puesto á servicio del error un sistema científico que hubiera podido obtener, si se hubiese convertido, una elevación extraordinaria. Mas si consideramos en sí mismos los errores de Fichte y los de Kant no nos parecerá imposible considerarlos en analogía con el conceptualismo de Abelardo.

«Entónces se agitaban en el mundo casi todas las irritaciones y las disputas actuales. Parece que Bernardo fué el enemigo de los errores futuros; sus victorias reciben de las circunstancias algo de profético.

«Su vida política fué un continuo asalto. Es necesario dirigir á todas partes la mirada para seguir los movimientos del brazo de Bernardo. Se le ve en todos los puntos de la historia social de su tiempo. No es posible contar un episodio cualquiera del siglo XII sin encontrarle y sin nombrarle. En relación continua con los papas, con los reyes, con los pueblos, con los sabios, con los ignorantes, con los religiosos, con los criminales, su vida era extensa y solemne á la vez que íntima y concentrada. La circunferencia de esta vida no trababa el centro, ni el centro trababa la circunferencia. Con frecuencia árbitro, á cada instante predicador, consejero, doctor, escritor, controversista en las diversas vicisitudes que le ocasionó una vida pública sembrada de tempestades y escollos, permaneció siempre, no dejó jamás de ser san Bernardo, san Bernardo el religioso. El lenguaje que usaba á los príncipes y á los papas no podía turbarle á sí propio ni irritar á los demás, porque era siempre dictado por el amor, y allí donde el amor tiene la palabra, el respeto está presente. Autoridad y sumisión fueron los dos rasgos característicos de Bernardo. Vese en él al hombre inclinado á obedecer, aunque mil veces compelido á mandar.

«Aquel hombre infatigable atendía á la vez á todos lados, interrogando todos los horizontes para descubrir el error en sus primeros asomos. Era todo ojos, todo oídos, todo palabras y todo silencio. El ejercicio de dictar cuatro cartas á la vez parece el símbolo del ejercicio exterior en que vivía, y sin embargo, en él era el manto de la vida profunda que procedía de

(1) Ernesto Hello-Saint-Bernard.

su alma. Con frecuencia su aspecto parecía indignado; pero su corazón no cesaba de estar apacible en medio de un panorama donde tantas figuras aparecían (1).»

Hé ahí el paladín de la fe en aquella edad.

Abelardo necesitaba un soldado cubierto de toda esta fortaleza para ser vencido. Porque también él apareció enriquecido con dones portentosos de pensamiento y de acción. Su inteligencia, iluminada de continuo por la luz de pensamientos elevadísimos, iluminaba á su vez los vastos horizontes de la especulación filosófica. Tenía su mirada intelectual algo y mucho de la simple ojeada del ángel. Su pensamiento había descubierto esa especie de electricidad que suprime las distancias entre el principio superior y la ínfima consecuencia. Era su pensar una exhalación lógica que recorría leguas infinitas de ideas en un sólo acto. Y lo más extraordinario es que su portentosa actividad intelectual no amenguaba el valor y la energía de las bulliciosas pasiones de su corazón. Jamás se ha visto una cabeza tan serena y un corazón tan turbulento. Su genio abrazaba á un tiempo mismo la ciencia y la concupiscencia. Alimentaba con sus lecciones la ávida Universidad de París y llenaba con su ternura la insaciable alma de Eloisa. Desde la altura de adocrinante del mundo pasaba en un mismo día, casi á una misma hora á la vulgaridad de amante de una mujer. Lo serio y lo vano, lo grave y lo fútil ocupaban su espíritu, que era por esto mismo una de estas misteriosas antítesis con que Dios sorprende de vez en cuando la observación de los hombres.

Veíase en él en revueltas fases al racionalista, al negante, al moral, al disipado, al adversario de las herejías, al nutridor de ellas, al que pretendía encaminar la razón de los incrédulos por los senderos de la fe, y al que extraviaba la fe de los creyentes por los senderos de la razón. Su conceptualismo era el germen de los idealistas venideros, y no obstante pretendía ser el idealista que diera al dogma católico el definitivo dominio de la filosofía. Era grande; pero en su grandeza había majestad y monstruosidad. Fué nuevo é indiscutible testimonio de que Dios comprime las extraordinarias, las gigantescas fuerzas del hombre, debilitando por una parte el exceso de poder que por otra le concede.

Sólo permite Dios en el mundo que sean gigantescamente grandes los santos, porque en ellos la grandeza del poder se halla contrarestanda por la sumisión de la humildad.

¡Y cosa particular! El hombre deparado por Dios para vencer al coloso de la Universidad tenía además de sus dotes intelectuales, otras más sorprendentes analogías con su competidor. Tenía éste su Eloisa, mundanal esparcimiento de su corazón, que podía creerse sojuzgado por su inteligencia. Á ella los desahogos de sus sentimientos sensuales, de su sangre tan encendida como su inteligencia. Á ella dedicaba los latidos de su corazón y las expresiones elocuentes de su molición insaciable. Era ella la mitad de su bello ideal, que le ponía en contradicción con la otra mitad de su bello ideal. La cátedra y Eloisa, la querida y la Universidad dividían en dos aquel hombre singular.

Bernardo tenía á Hildegarda; pero Hildegarda no dividía el objetivo de Bernardo, pues éste amaba como pensaba, y pensaba y amaba á un impulso mismo.

Leamos un poco más el admirable escrito de Ernesto Hello: «En medio del conflicto de todas las cosas humanas, aquel hombre rodeado de obispos, de abades y de concilios, el que la humanidad escogió para que fuera su *encargado de negocios*, san Bernardo, encontró tiempo suficiente para seguir, examinar, consolar, encorazonar y admirar á Hildegarda. Esta mujer sorprendente, que vivía fuera de las leyes naturales, descubriendo el porvenir por miradas cargadas de misterios, obligada á salir de su silencio para enseñar, casi á pesar suyo, hizo como todas las personas y las cosas del siglo XII, echó en brazos de Bernardo el peso de sus preocupaciones. Ella depositó su confianza en el depositario de la confianza universal. Ella escribió á Eugenio III, á Anastasio IV, á Adriano IV, á Alejandro III, soberanos pontífices, á los emperadores Conrado III, Federico I, á los obispos de Bamberg, de Spira, de Worms,

(1) Hello.

de Constancia, de Lieja, de Maestrich, de Praga, y al de Jerusalem. Sin embargo, se hallaba sumergida en el fondo de su alma en un piélago de misterios.

«Mientras santa Hildegarda, llena de negocios y de visiones, consultaba á san Bernardo, éste, rodeado y ocupado, consultado y acaparado por Godofredo, obispo de Chartres, Manases, obispo de Meaux, Guillermo de Chalons, Godry de Dol, Hildeberto de Mans, Obri de Burgues, Gosselino de Soissons, Hugo de Macon, Milon de Teruana, Hírré de Arras, Alberoni de Liseux y otros, rodeado de estos personajes y de sus negocios, viajaba un día entero á orillas de un lago, ignorando por la noche de qué hablaban sus compañeros, cuando hablaban del lago que habían recorrido.

«Bernardo nada había visto. El gran preocupado era digno de ser consultado por santa Hildegarda, como ésta era digna de consultarle. Ambos parecían multiplicar el tiempo haciendo frente á las cosas exteriores é interiores visiones, negocios y milagros.»

La influencia decisiva de san Bernardo salvó la integridad doctrinal de la sociedad. Los Concilios de Soissons y de Sens afirmaron la verdad de los dogmas católicos heridos por la filosofía de Abelardo. En Sens se encontraron reunidas las notabilidades de la Iglesia en aquella época. Abelardo compareció ante el Concilio, presumiendo alcanzar victoria doctrinal. Pero el abate de Claraval, Bernardo, había catalogado sus errores, y leyó el incontrovertible catálogo á la asamblea. El genio de la Universidad, ante la evidencia del cargo, se agita, balbucea, pierde á un tiempo mismo memoria, ánimo y palabra. Y segun despues confesó á sus amigos, sintió como encadenadas las potencias de su alma.

La lucha había sido gigantesca, la victoria fué correspondiente á la importancia de la lucha. Con un par de docenas de hombres de la talla de Abelardo y san Bernardo que hubieran existido en aquella época, nadie se atrevería á dar el apodo de ignorante á la sociedad del siglo XII.

En el siglo XIII suscitóse en la misma Universidad de Paris una cuestion trascendental. Promovióla la índole de las órdenes mendicantes, cuyos severos principios despertaron los escrúpulos de los universitarios. El tema de las discusiones fué la moralidad del principio de la renuncia de toda propiedad colectiva por parte de las nuevas órdenes religiosas. La Universidad se declaró contra la pobreza absoluta.

Francisco de Asis, reanudando las tradiciones de la Iglesia de Jerusalem, había renunciado todo lo de su pertenencia; su patrimonio, hasta su vestido; se había hecho pobre, tan pobre que no quería proveer al pan del día siguiente. La pobreza fué el fundamento de su regla. El fundador no quiso que ni individual, ni colectivamente sus hijos poseyeran nada. Aquella absoluta y universal renuncia fué consignada por Domingo de Guzman y por los fundadores de las órdenes carmelitana y agustiniana.

Los filósofos religiosos de aquel tiempo, algo tocados por el economismo, resistían acceder á este total abandono en brazos de la Providencia. Repugnábales no contar con el hombre en obras humanas, aunque tuviesen un objetivo divino. Santo Tomas de Aquino, san Buenaventura, Alberto el Grande, en sus apologías de las órdenes mendicantes, hicieron resaltar la pureza y la grandiosidad del principio evangélico de la pobreza. Santo Tomas de Aquino demostró que los monjes más ejemplares de la antigüedad tenían por base de su vida la absoluta renuncia á toda posesion individual y colectiva.

Los papas participaron del espíritu del antiguo cenobitismo aprobando las instituciones que partían de la pobreza, y entre ellos Inocencio III, Honorio III y Gregorio IX.

Sin embargo, la Universidad de Paris insistía en su juicio desfavorable á la renuncia absoluta y universal, motivando á Alejandro IV la expedicion de cuarenta bulas destinadas á defender las comunidades monásticas contra las elucubraciones de los universitarios. Este Papa sostuvo denodadamente la lucha. Él procesó á Guillermo de Saint-Amour por la publicacion de un libro manifiestamente escrito contra la pobreza religiosa, con el título *De los peligros de los últimos tiempos*. El libro fué examinado. Pleitearon en pro de Saint-Amour una

comision de doctores de la Universidad de Paris, pero los cardenales y el Papa condenaron definitivamente la causa.

Aquellas cuestiones habían adquirido suma importancia. La sociedad cristiana no se ocupaba de otra cosa en aquellos días en que crecía la popularidad de las instituciones religiosas. La Universidad había llevado su intransigencia hasta á expeler de sus cátedras á los doctores dominicos, inspirando á Inocencio IV una bula restrictiva de las facultades de las órdenes mendicantes. Alejandro IV expidió tambien otra gran bula para poner término al ya muy duradero litigio entre dominicos y universitarios; en ella reglamentó la Universidad empezando por rendirle el homenaje y la admiracion que expresan estas palabras: «La escuela de Paris es como el árbol de la vida en el paraíso terrenal, como la lámpara encendida en la casa del Señor.»

Aquel Papa restableció á los dominicos en sus cátedras, y ya no fué discutible el principio de la perfeccion monástica, que en verdad sufrió en aquella época una verdadera persecucion por parte de los sabios de este mundo.

No fueron únicamente los asuntos de la Universidad de Paris los únicos que acibararon el pontificado de Alejandro IV. Vióse obligado á levantar cruzada contra Manfredo, que en sus invasiones por tierra italiana había hecho prisionero al que era considerado como legado pontificio.

Las sediciones y turbulencias del pueblo romano le obligaron á abandonar la capital del orbe, trasladándose á Viterbo y Anagni. Cuatro años de expatriacion no bastaron para calmar la aversion del pueblo romano, y aquel Papa, modelo de virtudes, murió alejado de su capital.

Urbano IV recogió por herencia de su antecesor las complicaciones políticas que le hicieron morir en el destierro. Manfredo continuaba vejando y dominando los Estados de la Iglesia, y lo que es todavía más, mantenía una sorda inquietud y latente rebeldía en el pueblo contra el Pontífice. Debida á sus arteros manejos fué la insurreccion del pueblo de Orvieto, que Urbano escogió por residencia. Impelido á situar su silla en Perusa, no tardó en acabar los días de su triste pontificado combatido por mañosas oposiciones.

Clemente IV, elegido Papa, se vió obligado á atravesar la Italia con el disfraz de religioso mendicante para no caer en manos del victorioso Manfredo, que la dominaba por completo. Dirigióse á Perusa. En vano trabajó para obtener el triunfo del derecho y de la justicia. Sus esfuerzos se estrellaron contra la perversidad de los adversarios de la causa pontificia. No le fué dado entrar pacíficamente en Roma; como sus dos antecesores, murió en Viterbo.

Á Gregorio X estaba reservado el consuelo de recibir en Roma la entronizacion de su dignidad.

LXXXVI.

Confusion en Roma. — Persecucion de Felipe el Hermoso.

El pontificado atravesó uno de los períodos de más ruda prueba. Las banderías políticas tenían desazonado al pueblo romano que veía declinar el prestigio social del poder eclesiástico. Á la muerte de Nicolas IV, unos pocos cardenales, cansados de buscar un candidato para el trono pontificio, encumbraron á él á un cenobita de austeras costumbres. El monje Morone, ejemplar depuradísimo de santidad, se vió sorprendido en su retiro con la noticia de su eleccion. Extranjero al mundo, niño entre los hombres, tomó las riendas del gobierno en un periodo en que se necesitaban las cualidades de un grande hombre de Estado para dirigir la nave de la Iglesia por el proceloso mar de las pasiones sublevadas. Jamas se ha visto mayor abstraccion de las cosas terrenales en un hombre llamado á impulsarlas y conducir las todas.

Oraba siempre, nunca mandaba. Sus cortesanos aprovecharon los éxtasis del cenobita para comprometer al Pontífice, cuya sombra servía inconscientemente de égida á sus desórdenes.

Explotando la palomítica sencillez de Celestino V, Carlos II, rey de Nápoles, intentó y consiguió atraer á su capital la curia pontificia.

En el interin, Roma, dice el abate Christophe en su *Historia del Pontificado*, era campo de rebeliones y motines incesantes y teatro de sangre é incendio.

La eleccion de Bonifacio VIII pareció reanimar la vida tradicional de Roma. La Alemania dividida en dos fracciones; la Francia y la Inglaterra sosteniendo rudos combates; las colonias cristianas supeditadas en Oriente por la media luna; la Sicilia agitada, revuelta, ensangrentada; ni un punto de la tierra en reposo. Tal era la situacion del mundo al empezar el siglo XIV. Magnífica ocasion de desplegar el vuelo un genio político.

Bonifacio VIII pareció desde el origen de su pontificado elegido por Dios para defender la causa de su Iglesia. Su alma enérgica encontró recursos para sostener decidida lucha contra los gibelinos en Italia. Pero uno de los grandes acontecimientos de su pontificado fué la actitud que observó respecto á Felipe el Hermoso.

Caracterizaba á este Monarca una firmeza que rayaba en osadía; un teson calificable de temeridad. Celoso de su autoridad soberana, no fué bastante creyente para someterse de corazon á la autoridad del Pontífice. Á las observaciones del Papa contra las medidas vejatorias contra el clero, contestó aquel Monarca con nuevos rigores. Con arte diplomático expidió decretos que interceptaban por completo las relaciones del clero y del pueblo frances con Roma. La autoridad pontificia fué declarada sospechosa. Felipe el Hermoso aspiraba sin duda á ejercer la soberanía religiosa, ó á lo ménos á supeditar de tal manera á su cetro la direccion del clero, que perdiera éste su preciosa independencia.

El lenguaje usado por Pedro Flota, embajador del Rey, al Papa, reveló la altiva disposicion en que se encontraba el ánimo del Monarca, que se negaba á respetar la libertad del ministerio sacerdotal en sus dominios. El obispo de Pamias y otros eran víctimas lastimeras de las intrusiones del poder civil en el régimen episcopal.

Cuéntase que Bonifacio VIII, al oír el lenguaje altivo del embajador del Rey, le hizo presente que no estaba aún desarmado su poder, pues aún ejercía la doble facultad espiritual y temporal, y que Flota contestó: «Sí, verdad; pero Beatísimo Padre, vuestra facultad es puramente nominal, miéntras que la de mi señor es efectiva.»

Bonifacio VIII expidió cuatro bulas en las que desposeía á Felipe el Hermoso de los privilegios personales que le había concedido. En una de ellas decía: «No se persuada el Rey de no tener en la tierra más superior que Dios, de modo que crea no ser súbdito del Papa. El que pensara así sería un verdadero infiel.» Terribles acusaciones formulaba Bonifacio VIII contra el rey de Francia. «Inútilmente, decía, hemos advertido al Rey para atraerlo á la práctica del deber.» El Papa convocaba en Roma los prelados y altos dignatarios de la Iglesia de Francia para deliberar sobre la manera de ordenar los negocios desconcertados.

Los representantes del Rey exageraron las pretensiones del Pontífice, dando á entender que éste exigía nada ménos que ejercer plena soberanía política sobre los estados. Llegaron hasta á fingir una *bula* contraria á la prudencia cristiana, que atribuían á la ambicion desmedida de Bonifacio VIII, motivando una contestacion desentonada de Felipe concebida en estos términos escandalosos: «Felipe, por la gracia de Dios, rey de los franceses, á Bonifacio que pretende ser Soberano Pontífice, poca ó ninguna salud... que vuestra fatuidad sepa que Nós, en las cosas temporales, no estamos sujetos á nadie. La colacion de los beneficios y prebendas vacantes y el derecho de percibir sus frutos nos pertenecen en virtud de nuestra prerogativa real. Las provisiones que hemos dado y que daremos son válidas para lo pasado y para el porvenir, y Nós sostendremos á sus poseedores ante todos y contra todos. Reputamos insensatos á cuantos piensen de otra manera.»

La bula de Bonifacio, que empieza *Ausculta fili*, fué echada á las llamas en presencia de

los nobles reunidos en Paris. El hecho fué anunciado á son de clarines por las calles y plazas de Paris. Á las asambleas de Roma se opusieron asambleas francesas; á las bulas católicas, edictos protestantes.

El Rey convocó Estados generales para discutir la actitud del pontificado. El cargo de ingerencia temporal se formuló contra Bonifacio, y los brazos ú órdenes reunidos juraron al Rey defender la integridad de su soberanía.

El clero ensayó establecer algunas salvedades sobre las intenciones del Papa; pero Rey y nobleza hicieron entender al elemento eclesiástico que excusar al Papa era hacer traicion al Rey. Había sonado la hora de resistir heroicamente; pero el clero de Francia vaciló, acrecentando aquella debilidad la osadía real.

Absoluta prohibicion fué decretada de acudir el clero al Concilio en Roma convocado; y otra prohibicion de remesar dinero ó cualquier género de dádivas al extranjero, lo que equivalía á privar al pontificado de los auxilios de la Francia.

Entónces se vió, dice un historiador sensato, al clero frances, despues de haber invocado la autoridad del Papa contra los arrebatos del Rey, halagar las pasiones del mismo Rey contra la intervencion protectora del Papa.

Á pesar de las reales prohibiciones, acudieron muchos prelados franceses á Roma, y el papa Bonifacio explanó en una bula doctrinal los principios de la política cristiana en sus relaciones con el gobierno de los Estados. Aquella bula, modelo de prudencia y de energía, puso en graves apuros á los políticos franceses, pues echaba al suelo todas las acusaciones calumniosas contra el Papa formuladas. Urgía, pues, dar un golpe de efecto para desacreditar á Bonifacio VIII ante la opinion pública. Para ello convoca el gobierno una asamblea nacional en el Louvre, á la que concurrieron gran número de prelados y señores. En ella Nogaret presentó al Rey una larga memoria en la que se trataba de demostrar: que Bonifacio no era papa legitimo; que era hereje manifiesto; que era simoníaco, y se pedía por conclusion que el Rey usara de su autoridad soberana para convocar un Concilio general que condenase al *infame* Pontífice y le sustituyera por un pastor legítimo.

Un proyecto de conciliacion partió de Bonifacio VIII en el que se consignaban las bases sobre las cuales debía apoyarse la paz de la Iglesia en Francia. El Papa sólo reclamaba el respeto al derecho canónico y las consideraciones debidas al clero y á las cosas sagradas. Felipe el Hermoso se negó á transigir. Benefrato, legado del Papa, fué detenido en Troyes, fuéronle arrebatados sus despachos, y él reducido á prision. Era el segundo representante de la Santa Silla que recibía tamaño atropello. Al mismo tiempo el Rey expidió un decreto que confiscaba los bienes de los eclesiásticos ausentes del reino.

Entónces vióse al anciano Pontífice tremolando la bandera del derecho cristiano frente á frente de una coalicion de poderosos enemigos. En Alemania estaba el nuevo rey de los romanos, Alberto, al que se le rehusaba reconocer la corona; en España, el rey de Castilla excomulgado por sus iniquidades contra la Iglesia perpetradas; en Sicilia, Federico, cuya querrela con la casa de Anjou acrecentaba cada día el conflicto; todo el partido gibelino, sólo contenido por la fuerza, esperando una oportunidad para estallar su venganza.

Sin embargo, el anciano desarmado resistió con la inmensa fuerza de su palabra.

Otra asamblea general celebróse en el Louvre, y en ella Guillermo Plasian, señor de Vezzenobre, fiscalizó impiamente la conducta de Bonifacio. Acusóle nada ménos que de no creer en la inmortalidad del alma, ni en la vida futura, ni en la presencia real de JESUCRISTO en la sagrada Eucaristía; de favorecer á la idolatría; de consultar á un demonio privado; de entregarse á la sodomía; de obligar á los sacerdotes á revelar el sigilo sacramental. El Rey declaró estar conforme con los juicios emitidos por Plasian contra Bonifacio. Luégo, dirigiéndose á los prelados y al clero, los exhortó á acceder á la convocacion de un Concilio general para procesar y condenar al Papa, y á no considerar dignos de respeto los actos y protestas del Papa contra del Concilio. Sólo una voz se levantó contra aquel insulto hecho á la legítima

autoridad católica, la del abad del Císter. *Solo abbate Cisterciensi duntaxat excepto*, dice un historiador (1). La pusilanimidad del clero apareció en lamentable grado.

Felipe el Hermoso quiso obtener la sancion de sus impíos proyectos, enviando una comision de adictos á mendigar la formal aquiescencia á ellos de las ciudades, iglesias y comunidades del reino. Setecientas actas de adhesion fueron remitidas en un corto período; así fué evidente la pervaricacion de una gran parte, podemos decir de la inmensa mayoría de la Francia.

Empezó en aquellos días la persecucion á los fieles al pontificado. A la protesta del abate del Císter siguieron las de los abades de Cluny y de los Premonstratenses. Los tres fueron reducidos á prision porque no quisieron desobedecer al Papa. Todos los religiosos italianos residentes en Francia fueron igualmente encarcelados.

El partido regalista de Francia se hallaba en buena inteligencia con el gibelino de Italia; Paris y Roma se hallaban coaligados contra el CRISTO del Señor.

Guillermo de Nogaret concertaba con Colonna un plan atentatorio contra la libertad y en su caso contra la vida de Bonifacio VIII. Sciarra, Ceccano, Maffeo y Raynaldo de Suspino se agregaron á los caudillos del tramado motin.

Bonifacio, comprendiendo la atmósfera de perversidad creada por los gibelinos en Roma, se había trasladado á Anagni, su patria, y allí redactaba la bula *Petri solio*, destinada á dar el golpe de gracia al Rey, cuando una hueste de alborotadores aparecieron por las calles de aquella ciudad gritando: «¡Muera Bonifacio VIII, viva el rey de Francia!» Era una impo- nente masa de soldados que habían seducido á los magistrados de la ciudad, al general de la guarnicion pontificia y á los cardenales Ricardo de Siena y Napoleon Orsini, y habían pene- trado para deponer al Papa ó asesinarle. El palacio papal fué invadido, y bien que la defensa de los cortesanos pontificios descorazonó á los invasores, el populacho de Anagni, capitaneado por Arnulfo, enemigo personal del Papa, vino á reforzar las huestes de Nogaret y Sciarra. El marques Caetani, defensor del palacio, se rindió al ver extenuados sus soldados.

Empezó entónces una escena conmovedora. El Papa sintió acrecentársele el valor á medida que crecía el peligro. Mandó á sus servidores que suspendiesen la resistencia; que abrie- ran las puertas de sus departamentos; miéntras él, vestido de pontifical, ciñendo la tiara de Constantino, teniendo en una mano las llaves de san Pedro y en la otra la cruz del Salva- dor, se sentó en el trono papal, vuelto el rostro hacia el altar, teniendo á sus lados los dos únicos cardenales que habían permanecido con él durante el conflicto, que eran Nicolas Boc- cassini, obispo de Ostia, y Pedro de España, obispo de Sabina. «Quiero sufrir el martirio por la Iglesia,» dijo Bonifacio.

Sciarra y Nogaret penetraron en aquel santuario, y la vista de tan inesperado espectáculo desarmó sus brazos. La majestad del pontificado ahogó el crimen vil. Sciarra se permi- tió vomitar contra el Pontífice un torrente de injurias que Nogaret desaprobó. No faltan au- tores que sostienen que no fué sólo con palabras, sino con alevosos hechos que Sciarra des- ahogó su ira impía. De todos modos allí Nogaret hizo de moderador. Atribúyense á éste las siguientes frases: «Donoso como eres, oh Papa, mira y considera la bondad del rey de Fran- cia, mi señor, que bien que tenga el reino asaz lejano de tí, te guarda por mi persona y te defiende de tus enemigos.» Mas luégo añadió que si se oponía á los proyectos del Concilio general tenía orden de conducirle prisionero á Lion, no con los honores pontificios, sino ma- niatado como criminal, para ser allí ignominiosamente depuesto.

A tamaña amenaza contestó el Papa: «Hé ahí mi cabeza y mi cuello, lo sacrificio todo por la libertad de la Iglesia; mas no esperéis que llegue á sancionar nunca lo que contradeciría su disciplina, su organizacion, su espíritu, sus tradiciones.»

El Papa quedó prisionero tres días, durante los que fué horriblemente ultrajado; el tesoro pontificio desapareció bajo la rapacidad de las hordas invasoras; su palacio devastado, profa-

(1) *L'abbate di Cistelle non volle consentire.*—Giovanni Villani.

nadas y burladas las santas reliquias que en él se custodiaban, violados los archivos é inutilizados muchos documentos interesantes, el obispo de Strigonia fué asesinado, y todo indicaba la preparacion de un crimen mayor; pero el pueblo de Anagni, vuelto en sí del estupor de la primera sorpresa, á la voz del cardenal Fieschi, se levantó como un solo hombre, arrojándose sobre los satélites de Sciarra, y á no haber sido la intervencion del mismo Bonifacio, con torrentes de sangre se hubiera lavado el sacrilegio con tanta imprudencia perpetrado.

Bonifacio libre regresó á Roma, cuyo pueblo le recibió con entusiasmo. Pero los gibelinos, atizados por los Orsini, suscitaron serios embarazos á su gobierno, pretendiendo ejercer opresion sobre el pontificado. Para sacudir el yugo, proyectó trasladar su residencia desde el Vaticano á Letran, donde estaban establecidos los Anibaldeschi, adversarios, así de los Orsini como de los Colonna. Los Orsini se opusieron á los proyectos del Papa. Entónces éste escribió al rey de Nápoles dándole cuenta de la embarazosa situacion en que se encontraba y suplicándole pronto y eficaz auxilio; pero el cardenal Napoleon, perteneciente á los Orsini, interceptó la carta. Afectóle profundamente á Bonifacio tan indigno proceder, y, lleno de tristeza, enfermó. Agravada su dolencia recibió los santos Sacramentos y terminó sus días, que fueron sumamente agitados.

Su sucesor, el dominico Benito XI; encontró muy mal preparada la atmósfera de Roma para disfrutar un pontificado pacífico. Las facciones, que la enérgica mano de Bonifacio había comprimido con vigor, irguieron de nuevo la cabeza. El atentado de Nogaret reanimó el espíritu de animadversion contra la autoridad pontificia. Los desterrados gibelinos regresaron sin esperar las órdenes superiores, que hoy llamaríamos decreto de amnistía. Roma ofrecía el más desconsolador aspecto. Los bandos rivales se hallaban en guerra sorda, y los jefes respectivos andaban siempre rodeados de satélites. Los anatemas de la Iglesia no eran ya freno saludable para las pasiones. Para colmo de desventura no había unanimidad de pareceres entre los cardenales, no faltando en el sacro colegio cardenales que apoyaban la política de Felipe el Hermoso.

Benito XI comprendió que Roma estaba excesivamente maleada para poder dirigir desde allí con mano segura la gobernacion del mundo. Concibió el proyecto de la traslacion de la Silla pontificia á lugar más tranquilo, interin no se realizara la pacificacion de los ánimos. Despues de varias vicisitudes, Benito XI verificó su partida de Roma, que debía ser el principio de tantas contrariedades para el pontificado. El Papa se fijó en Perusa, en atencion al cordial recibimiento que sus habitantes le dispensaron. Establecer la concordia de los partidos que destrozaban la Italia, terminar venturosamente el conflicto creado á Bonifacio por Felipe el Hermoso constituyeron el doble objetivo de la política de Benito. Sin embargo, á pesar de las ventajas que iba obteniendo en la doble obra de pacificacion, nada pudo concluir. Una muerte rápida, imprevista, derribó de cuajo todo el edificio levantado por su celo. Su repentina muerte fué atribuida al veneno.

No mentaremos las divisiones del sacro colegio para la eleccion del nuevo Papa. Diez meses transcurrieron desde la muerte de Benito á la eleccion de su sucesor. Los güelfos y los gibelinos, los negros y los blancos, como se apellidaban los dos bandos en Florencia, tenían celosos representantes en el *cónclave*. Probablemente se hubiera aplazado más la solucion de las dificultades que imposibilitaban la avenencia si los habitantes de Perusa no la hubieran apresurado, amotinándose indignados. Los dos partidos convinieron en renunciar á sus respectivos candidatos y en nombrar á un cardenal que no estuviera en la Asamblea. El elegido fué el arzobispo de Burdeos, Beltran de Got. Todos convinieron en elegirle, los gibelinos porque conocían sus secretas simpatias por Felipe el Hermoso; los güelfos porque recordaban que era el amigo íntimo de Bonifacio.

Beltran estaba dotado de varonil carácter. A pesar de su adhesion á la casa real de Francia, resistió las medidas adoptadas por Felipe el Hermoso contra la Iglesia; cuando menu-

HISTORIA DE ESPAÑA, ILUSTRADA,

desde su fundacion hasta nuestros dias. Coleccion de litografias representando los principales hechos históricos de cada época, con texto al dorso, por D. Rafael del Castillo.

Sale dos veces al mes, en entregas con cubierta de color, formando cada entrega dos hojas dobladas, que contienen cuatro láminas de tamaño *más de folio*, de papel bueno y fuerte, cual exige una lámina destinada, si se quiere, para ser colocada en un cuadro.—Al dorso de cada lámina, y á dos columnas, va su texto explicativo.

El precio de cada entrega es el de 5 rs. en toda España, remitidas por el correo ú otro conducto, de manera que no puedan malograrse.—En nuestras posesiones ultramarinas las entregas cuestan dos reales más.—Van publicadas 106 entregas.

HISTORIA GENERAL DE FRANCIA

desde sus primitivos tiempos hasta nuestros dias, por D. Vicente Ortiz de la Puebla.

Cuatro tomos en folio, de abundante y clara lectura, impresos con tipos enteramente nuevos y en papel satinado, y adornados con más de 1000 bellisimos grabados, entre láminas sueltas y viñetas, ó 300 entregas de ocho páginas á un real la entrega.

LA VUELTA POR ESPAÑA.

Viaje histórico, geográfico, científico, recreativo y pintoresco. Historia popular de España en su parte geográfica, civil y política, puesta al alcance de todas las fortunas y de todas las inteligencias. Viaje recreativo y pintoresco abrazando: las tradiciones, leyendas, monumentos, propiedades especiales de cada localidad, establecimientos balnearios, produccion, estadística, costumbres, etc.—Obra ilustrada con grabados intercalados en el texto representando los monumentos, edificios, trajes, armas y retratos. Y escrita en virtud de los datos adquiridos en las mismas localidades por una sociedad de literatos.

Tres tomos en 4.º mayor, ó 364 entregas de 8 páginas, á medio real la entrega.—A los que se suscriban y no quieran tomar de una sola vez todas las entregas, se les facilitará ir adquiriéndolas á su comodidad.

EL REMORDIMIENTO Ó LA FUERZA DE LA CONCIENCIA.

Novela basada en el argumento del muy aplaudido drama italiano de Luigi Gualtieri, por D. Juan Justo Uguet.

Dos tomos en 4.º muy abultados con 20 preciosas láminas grabadas sobre boj representando los principales asuntos de la obra, á 78 rs. en pasta.—Tambien se facilita ir adquiriéndola por suscripcion, tomando, á comodidad del interesado, las 134 entregas de que consta, á medio real la entrega.

ILUSTRACION RELIGIOSA.—LAS MISIONES CATÓLICAS.

Boletín semanal de la Obra de la Propagacion de la Fe, establecida en Lyon, Francia.

Un tomo en folio con gran número de grabados intercalados en el texto, á 60 rs. en media pasta.

ARMONIAS ENTRE GOZOS Y PESARES, Ó ESCENAS TIERNAS DE LA VIDA DE SAN JOSÉ, POR D. JOSÉ PALLÉS.

Dos abultados tomos en 4.º, á 57 rs. en pasta; ó 186 entregas á cuartillo de real cada una, dejando á la voluntad del suscriptor el tomar semanalmente las que guste.

LA PASION DEL REDENTOR.

Por José Pallés. Obra dedicada al Emmo. Sr. Cardenal Arzobispo de Valencia.

Consta de dos tomos en 4.º, con 24 preciosas láminas y una *Vista de Jerusalem*, á 72 rs. en pasta; ó 242 entregas de 8 páginas, á cuartillo de real la entrega.

AÑO DE MARIA,

ó coleccion de noticias históricas, leyendas, ejemplos, meditaciones, exhortaciones y oraciones para honrar á la Virgen santísima en todos los dias del año. Por José Pallés.—Obra dedicada á la cristiandad entera.

Constará de seis tomos en 4.º ilustrados cuando ménos con 60 láminas.—Cada tomo comprende dos meses.